

ALMAFUERTE

LA GRAN MISIÓN

CONFERENCIA DADA Á LAS MADRES DE FAMILIA
EN EL PUEBLO DEL SALTO
LA NOCHE DEL 26 DE MARZO DE 1893



BUENOS AIRES

Imprenta y Casa Editora ARGOS, Cuyo 657-663

1893

La Comision que se ha encargado de la impresion y venta de este folleto, publica las cartas que van en seguida; porque ellas explican claramente los propósitos que la han guiado.

Buenos Aires. Mayo de 1893.

Señor Pedro B. Palacios.

DISTINGUIDO AMIGO :

En una reunion de amigos íntimos, recayó la conversacion sobre la hermosa conferencia que Vd. dió en el Salto, dedicada á las madres de familia y á beneficio de la comision de damas que recolecta fondos para la terminacion del hospital de ese pueblo.

La importancia de ese trabajo, por su mérito literario, por lo avanzado de sus ideas sociológicas, por la influencia moral que producirá su lectura, como tambien, por el sentimiento caritativo que lo ha inspirado, hizo nacer el pensamiento de imprimirlo en folleto, para honrar así las letras argentinas y prestar un servicio—si bien dentro de limitado círculo—á los que sufren, puesto que el importe de la venta, se aplicaría al aumento de los recursos con que se piensa rematar un establecimiento tan benéfico y tan necesario en pueblo que, como el Salto, se encuentra alejado ocho leguas de la estacion más próxima de ferrocarril.

Para que prestigiaran y dieran forma práctica á

*tal pensamiento se designó una comision que quedó
constituida por los señores:*

BERNABÉ LAINEZ
JUAN BALESTRA
GABRIEL LARSEN DEL CASTAÑO
JOSÉ S. GIL
DANIEL J. DONOVAN
BARTOLOMÉ MITRE Y VEDIA
OSVALDO MAGNASCO
RUFINO VARELA ORTIZ
JOSÉ M. NIÑO
ALBERTO CASARES
ENRIQUE E. RIVAROLA
CÁRLOS MONSALVE
RUFINO VARELA, hijo
ARTURO PELLEGRINI
JUAN GIL
TULIO MENDEZ, hijo
JOSÉ M. EIZAGUIRRE
BASILIO V. CHARRAS
BELISARIO ROLDAN, hijo
MARIANO BURGUEÑO
ARTURO BROWN
ALBERTO ABEBERRY
GUILLERMO SUFFERN
RAUL CORDEYRO MÁRMOL
FRANCISCO CRUZ

Puestos de acuerdo los que fuimos elegidos, se resolvió:

Que se imprimieran mil folletos de la conferencia;

Que el precio de cada uno de ellos se dejara librado al alcance y buena voluntad de las personas á quienes les sea remitido;

Que en las librerías se pusiera á la venta, al precio de dos pesos;

Que á la comision de damas del Salto, se le enviaran trescientos folletos, para que les dé colocacion entre sus convecinos;

Que dependiendo, en gran parte, la fundacion definitiva de aquella casa de caridad, del resultado de esta suscripcion, se formara un cuadro con los nombres de todos los contribuyentes; cuadro que se pedirá sea colocado y conservado en la sala principal del hospital, como un homenaje de gratitud á los que, en su esfera, cimentaron la obra;

Que á efecto de tal propósito, en las librerías en que se vendan los folletos, se ruegue á los compradores dejen inscriptos sus nombres;

Y, finalmente, se dispuso distinguirme con la, para mí, honrosa mision de dar cuenta á Vd. del pensamiento surgido y los trabajos iniciados, á fin de solicitar de su modestia, quiera autorizarnos á hacer la impresion de su trabajo literario, al objeto indicado.

Como los demás señores de la comision, no dudo de su respuesta favorable, permitiéndonos completar—si obtenemos buen éxito—la obra iniciada por señoras distinguidas de aquella localidad y secundada, en primera línea, por aquel que dedica su vida de retiro á la enseñanza de los niños, al brillo de la literatura patria y á despertar en el pueblo sentimientos levantados y generosos.

Tiene el gusto de saludarlo afectuosamente,

FRANCISCO CRUZ.

MI QUERIDO AMIGO :

Recibí tu carta. Gracias por sus entusiastas como innmerecidos conceptos. Pero, gracias para ti y para los caballeros que constituyen la filantrópica comision esa, por mí y por las nobles señoras de la del Hospital del Salto, á quienes pasaré tu carta para que conozcan los nombres de los benefactores del establecimiento que patrocinan ellas.

Mi conferencia—es claro—no merece la pena de honor semejante; pero el destino que se dará al producido del folleto de que me hablas, me compromete á decir no solo una, sinó cien veces, que sí, y á pedirte y

pedir á tus amables colegas, que trabajes y trabajen con ahinco, en la verificación de tan nobilísima idea: será este Hospital, así como una hermosa sementera arrancada á fuerza de labor inteligente y asidua, del seno de un pedregal rehumbroso y árido.

Mil gracias de nuevo, mi conformidad otra vez y mi cariño siempre.

P. B. PALACIOS.

Salto, Mayo de 1893.

Señor Francisco Cruz.

CUATRO PALABRAS SOBRE EL ORADOR

La comision de distinguidos caballeros que ha querido contribuir con su prestigio á la mas ámplia resonancia de esta pieza y alentar con su aplauso y con su simpatía al joven orador que la ha producido, me señala la mision de diseñar su figura moral é intelectual, conociendo la viva simpatía que le tengo y el natural movimiento de emocion que me hizo poner de pié para aclamarlo.

Es una tarea que no merezco y que no llenaré sin duda, pero que he debido aceptar por el doble vínculo de la simpatía espontánea y de nuestros comunes ideales de ciudadanos, por los cuales hemos luchado juntos en la prensa, él con la gentileza de un paladin, yo con la humildad pero con la decision de un soldado que cumple con su deber.

Me ha sido tambien interesante desde el primer dia, esta figura humilde de luchador, levantando su voz desde el seno mismo del pueblo, sin mezclarse á los círculos activos de los hombres de letras, sin mayores vinculaciones sociales ó políticas y desdeñando el escenario bullicioso de la metrópoli para vivir, en el pueblo apartado, la vida silenciosa del estudio, en íntimo contacto con la naturaleza y con sí mismo.

Ese deliberado retiro me ha parecido digno de un hombre de corazon y de sentimientos altivos, con el menosprecio deliberado al espectáculo casi siempre pequeño de la lucha humana, huyendo la atmósfera venenosa de una gran ciudad, para conservar en la soledad la nocion exelsa de sus ideales.

Escribo, pues, con simpatía y dejo correr la pluma sin esfuerzo.

Palacios ha sido un héroe de la pobreza: ha sido maestro de escuela en Chacabuco y lo es hoy mismo en el pueblo del Salto, donde vive, rodeado de niños, porque tiene la vocacion de la enseñanza y el anhelo de la pureza.

He visitado su cuartito de estudio, donde se

respira la atmósfera serena del aula, entre un grupo interesante de criaturas que lo quieren. Una silla desvencijada en un lado, un retrato al lápiz, á medio concluir, del poeta Guido, una Biblia, una Historia de Belgrano y la última edicion de *El infierno del Dante* traducido por el General Mitre, constituyen toda su biblioteca y todo su mobiliario.

El espectáculo de esta pobreza digna y altiva, de ese hombre que nada pide á los deleites ni á los placeres materiales de la vida, me recordó, al emocionarme, la varonil generacion que nos precede, cuya accion política puede discutirse pero cuya honradez ha quedado marcada á lo largo del camino recorrido.

Así vive y así ha vivido el altísimo poeta y el brillante orador cuya palabra ha vibrado en todos los oídos y emocionado todos los corazones, al hablar de la mision de las madres en el emocionante momento histórico que alcanzamos.

Era maestro en Chacabuco y el General Sarmiento—en una de sus giras al oeste de la provincia, buscando,—en aquella multiplicidad de sus ocupaciones originales,—un punto donde fundar

un establecimiento balneario, visitó ese pueblo, acompañado de una pequeña pero brillante comitiva.

Fué recibido por todas las autoridades y vecinos y celebrada en su honor una conferencia.

En el momento oportuno pronunció las primeras palabras de su discurso el joven maestro de escuela.

Era el discurso infalible: el maestro de escuela que hacía su aparición obligada y la comitiva lo recibió con sonrisas. . . .

Pero aquel maestro de escuela no era como los anteriores: Palacios comenzó á elevar el concepto, á llamar la emoción, á vibrar la elocuencia, hasta que se destacó como un iluminado. Las sonrisas irónicas habian terminado y en medio del tronar de los aplausos y de las palmas que aclamaban, se veía al “viejo luchador” ganando sitio para escuchar mas cerca al orador.

Sarmiento abrazó al humilde maestro y con palabra caliente lo consagró esperanza de la patria. El vaticinio se ha cumplido como los demás: estamos en presencia de un orador que hace estremecer la tribuna de las arengas y se impone á los aplausos populares.

Sí: Palacios también puede ostentar “ el doble don del corazón conmovido y de la palabra que trasmite sus palpitaciones.”

La crítica puede hacerse todavía, porque son los primeros pasos del orador y porque ninguna obra, por perfecta que sea, escapa á la crítica. Acaso no sea la única la que se refiere á la profusión de concepto, á ese exceso de pompa de su lenguaje, que asombrará de seguro á los que lo lean.

El brillante atavío no denuncia sin duda sino una riqueza de expresión realmente maravillosa y casi castelariana, pero podría quizás aminorarse para concentrarse en las fulguraciones del vocablo genial. El talento se revela soberbio en este magnífico y casi estupendo arte de la frase, pero acaso surgiera más brillante y conciso refrenando en algo la savia invasora de tan riquísima expresión.

El orador es también un eximio poeta, cuyos cantos han conmovido todos los dulces corazones. Su lira tiene todas las resonancias y las sagradas armonías: impresiona cuando la acerca á su corazón para hacerla seguir el compás melancólico de sus pesares, ó cuando canta “ La sombra

de la pátria” en encordado de bronce, y con estrofas que suenan como el bronce con que los guerreros antiguos convocaban al combate, en las supremas y varoniles angustias.

Y el poeta revela y descubre las delicadezas y sensibilidades del hombre, en cuya malla nerviosa, como en cera virgen, han debido dejar su huella honda y enfermiza, el espectáculo de tanta decrepitud moral como hemos presenciado, de tanto relajamiento en la fibra antes indomable y tendida de nuestro carácter, de tanto íntimo desgastamiento en el sér moral.

Entiendo, que Palacios no ha encontrado todavía el molde definitivo de su riquísima palabra: el estilo que de manera concluyente lo originalice, haciendo de él lo que debe aspirar á ser: una individualidad marcada en las letras, igual á sí mismo, con fisonomía propia de escritor y relieve original de literato.

Eso lo alcanzará, porque tiene en sí mismo los elementos que constituyen un escritor y le sobran colores para ataviar su pensamiento.

Hasta aquí, puede decirse, que no ha hecho vida literaria reposada: su accion se ha encerrado dentro de la sentencia que manda al hom-

bre marchar con paso penoso, luchando por el problema de la vida.

Así mismo, todos nos hemos puesto instintivamente de pié para señalar su talento, para aplaudir la nobleza de su pensamiento lleno de fulguraciones diamantinas y para admirar el colorido sin rival de su frase.

El orador queda revelado en la magnificante arenga que se leerá en seguida. Nuestra palabra es de sincera admiracion para su talento, de simpatía para su propaganda y de augurios venturosos para su destino.

JOSÉ S. GIL.



LA GRAN MISION

SEÑORAS, SEÑORITAS, SEÑORES:

Hace ya como quince nochés, en ameno coloquio con uno de nuestros más distinguidos vecinos, allá en la dulce soledad de mi retiro, recayó la conversacion de aquel y siguióle penosamente la mía, sobre el peligrosísimo momento sociológico que padece el pueblo argentino, á causa, según nosotros, de su propia heterogénea naturaleza;—del evidente desequilibrio existente entre su desarrollo vegetativo y su rápido agrandamiento por acumulacion;—de la tumultuaria invasion de tantos ideales, de tantas tradiciones y de tantas sangres y costumbres sobre el campo de aluvion, apenas endurecido, de los ideales, tradiciones, sangres y costumbres nuestras; —del universal indiferentismo religioso dentro del cual ha querido la providencia histórica, depo-

sitar la cuna y amamantar la infancia de estas nacionalidades americanas;—de la ráfaga pestilencial de sensualismo é inmoralidad que sopla hoy sobre la redondez de la tierra, produciendo el espectáculo de una ancianidad escandalosa, en el viejo mundo, y en este j6ven continente, la triste, la tristísima comedia de una niñez precoz con la precocidad más espantosa, porque es la precocidad del vacío, de la negacion, de las conciencias sin fé y de los corazones sin esperanza;—de la carencia casi absoluta de sabiduría en la direccion, adaptamiento y explotacion de esas fuerzas ciegas que la conquistadora y expansiva civilizacion del occidente desparrama sobre nosotros, y desparramará hasta la consumacion de los siglos y de la gran inconsciencia que la impele, por arriba del Cáucaso y los Urales, á través del Caspio, del Negro y del Mediterráneo y á lo largo del Atlántico y del Pacífico, sobre la humanidad entera, como un rayo de sol que alumbrá ó que vaporiza, como una lluvia torrencial que inunda ó que restaura, como un viento de Dios que abate ó que enaltece, segun las sustancias, los organismos, la topografía y los corazones sobre que aquellas cosas descendan;—del tipo ateniense de nuestro carácter y nuestras inclinaciones, que se distingue, entre los demás, por esa profundidad del pensar, ese brillo del de-

cir y esa intermitencia de un hacer verificado á saltos grandes como el andar de los dioses olímpicos; por la relativa ausencia de paralelismo entre los rumbos de la ley y los rumbos de la realidad; por la afición desmedida al manto de seda ese que arrastró ruidosamente Alcibiades en las plazas de Atenas, y del que tuvo precipitadamente que despojarse en las adustas calles de Esparta; y por el horror á todo lo que suponga privacion prolongada, medianía fecunda, realidad amarga, trabajo lento, perseverante y metódico;—y, por último, señores, á causa de otros mil fenómenos que ni pudieron caber en aquella, para mí, memorable conversacion, ni están al alcance de mis elementos analíticos, ni podrian enumerarse sin fatiga para cualquier auditorio, ni sería posible señalar aquí sin despojar, siquiera aparentemente, de sinceridad é impersonalismo este mi desaliñado y efímero discurso, sin embargo de que la humildísima voz de quien lo dice, no es ni la de la fortuna, ni la de la popularidad, ni la de la ilustracion, ni la del talento, ni la del genio, sinó la voz de la buena fé, de la ingenuidad, del amor puro é incontrastable por la verdad, la belleza y la bondad eternas, que es como decir: por el imperio de la luz, de la solidaridad universal, de la misericordia recíproca, de la evolucion definitiva hácia el progreso,

sin violencias, sin odios, sin sangre, sin dolor!

Y prosiguiendo aquella nuestra filosófica charla á la sutilísima luz de las estrellas, en el profundo silencio de la naturaleza dormida, al frescor inefable de los vientos nocturnos y en presencia yo del cadencioso ir y venir de las ideas de mi interlocutor, llegamos á convenir ambos, naturalmente y sin divergencias, que siendo las causas de esta crisis sociológica más transitorias y ocasionales que permanentes é ingénitas,—á pesar de la gravedad de todas ellas y de la honda rastreada que dejarán á su paso sobre la historia,—no podrán sinó ser vencidas más tarde ó más temprano, no podrán sinó ser modificadas más hoy más mañana, no podrán sinó ser diluidas más breve ó más lentamente en el seno de la gran fatalidad humana, á impulso de leyes tambien sociológicas pero más universales, de fuerzas tambien ciegas pero más enérgicas y permanentes, de instintos tambien frenéticos pero más excelsos y soberanos, siempre que las causas aquellas de la crisis ésta no supongan algo así como una maldicion irrefragable; siempre que los espacios, ahora casi vacíos, de la tierra argentina, se colmen, alguna vez, de ciudadanos propiamente dichos, ya por su nacimiento, ya por su deliberacion; siempre que el tipo helénico de nuestro espíritu no descienda nunca, desde las

genialidades clásicas del griego de Atenas hasta la conturbacion y el retorismo del griego de Bizancio; siempre que los hombres de razas, lenguas y temperamentos diversos que nos invaden, no se desintegren, al cruzar el océano, de ninguno de los elementos sustantivos que informan todos juntos la sugetividad humana; siempre que los hijos de éstos no nazcan monstruosos, desprovistos de ese sentimiento de gratitud, de apego, de querencia al pedazo de tierra que nos da el pan, á la parte de sol que nos da luz y calor, á la porcion de humanidad que nos da bienestar, grandeza y dominio, y á ese paño santísimo que simboliza todo esto, que sintetiza todo esto, que resume todo esto en la cópula eterna de sus tres franjas inseparables,—blanca como la luz del sol y la túnica de Dios, celestes y vibrantes como el abismo de los mares y las ignotas profundidades del eter;—y, finalmente, sobre todo y antes que todo, siempre que la mujer nacida en este suelo no carezca jamás del más hermoso, del más fundamental, del más divino de los atributos femeninos: del sentimiento de la maternidad, del amor entrañable de su prole; de esa pasion para la cual no cabe, en lo humano, ni calificativo, ni nota, ni color, ni rasgo perfectamente expresivos que la definan; de ese instinto supremo, arrollador, infatigable, que no reconoce linderos, que no distin-

gue obstáculos, que no padece eclipses; de ese egoismo inefable que todo lo quiere, que todo lo alcanza, que todo lo absorbe, que todo lo asimila, que todo lo interpreta en la significacion más sublime,—tradicion, patriotismo y nacionalidad; trabajo, civilizacion y progreso; moral, religion y filosofía; libertad, derecho y justicia, — para derramarlo despues, entre lágrimas y besos, sobre la frente de los hijos, como un rocío del cielo, como una simiente de fuego, como un manto de vida, como una red de diamantes, como un talisman de virtudes, como un polvo de luz, como una bendicion del Altísimo!

Esto fué, señoras y señores, lo que dijo el ilustrado amigo mío ese la hermosa noche aquella. Así evolucionó su gentil espíritu, fatigosamente escoltado por el mío, desde las tétricas escabrosidades del presente hasta los campos de claridad, ubérrimos y pintorescos, del porvenir. Por semejante modo vinimos ambos á despertar en la esperanza, á tocar tierra en la fé, á vislumbrar una luz en el horizonte, habiéndonos recostado en la desesperacion, naufragado en el escepticismo y penetrado en el espanto y la sombra. Así se desarrolló en mi ánimo el propósito de esta conferencia y se desprendió de mi espíritu el pensamiento que la informa: la mision de las madres. Así y con tal motivo pensé en vosotras,

pensé en la mujer, señoras: al amparo de los cielos polvoreados de estrellas, impuesta sobre mi frente la simbólica Cruz del Sud, abanicado mi rostro con el ala invisible de las brisas agrestes de la media noche, y resonando en mi corazón y mi cerebro, con resonancia magnífica, la partitura admirable de los sentimientos y las ideas, la sinfonía brillante de la tradición y la esperanza, la marcha triunfal de la humanidad y el patriotismo que hizo aletear, en sus nidos de hojas, los gilgueros y las torcazas silvestres, estremecer sobre sus troncos uniformes los ya desnudos ramajes de los durazneros fecundos, vibrar en los espacios el aire salutífero de este casi desconocido rincón del territorio argentino, retardar en sus órbitas enormes la carrera sempiterna de los astros, y arrodillar mi alma en la presencia anonadante de aquel Dios omnipotente y omnisapiente de las naciones, á quien vi yo, señoras y señores, con la clarividencia del espíritu, erguido y rutilante sobre el arco más elevado de los cielos, sacudiendo en su diestra el pendón celeste de nuestras victorias, sonando á los cuatro rumbos la trompeta apocalíptica de su juicio y congregando en asamblea numerosísima, como las estrellas del cielo y las arenas del mar, á todos los hombres buenos del mundo, en el seno palpitante de esta patria querida, de esta patria bendita, de esta

patria inmensa, á la cual ví yo, tambien, señoras y señores, con el pensamiento y con el sentimiento, ataviada con los regios atavíos de la próvida naturaleza,—fuerte, gloriosa, próspera y unida,—arrastrando en los espacios su manto de diosa, ostentando en su frente el gorro frigio de la libertad, sosteniendo en sus manos la espada de la justicia y el derecho, y ocupando el sitio de honor en el congreso ecuménico de las naciones civilizadas, en la caravana universal que viene marchando desde abeterno, á traves de las tinieblas y el dolor, hácia la tierra de promision, hácia el reinado absoluto de la felicidad distributiva, de la individualidad libérrima, de la democracia imperante; á la cual ví yo, señoras y señores, entregada al amor y á la gratitud de cincuenta millones de ciudadanos probos, inteligentes y laboriosos; á la cual ví yo recubierta, como de una túnica de acero, de ferrocarriles y telégrafos, por donde corrian sus habitantes y sus productos y manufacturas como corre la sangre por las venas, y por donde volaban las ideas como pájaros de llamas que cantan y proyectiles de luz que no hieren mas que los espíritus; á la cual ví yo hendida de canales y cruzada de caminos carreteros, lo mismo que pudiera de cicatrices gloriosas el busto de un héroe, de surcos profundos la frente de un sábio y de callosidades y surcos y cicatri-

ces la mano nobilísima de un labrador; á la cual ví yo sembrada de mieses áureas, poblada de rebaños innúmeros, enjaezada de chimeneas altísimas, prendida de ciudades populosas, circundada de puertos seguros, empenachada de escuelas, universidades y academias, fulgurante de genialidad y de saber, más amada que temida, más ejemplar que envidiada, más vinculada al resto de la humanidad por la admiracion que por la diplomacia, caballerezca como la España, brillante como la Francia, artística como la Italia, positiva como la Inglaterra, pensadora como la Alemania, industriosa como la Holanda, pacífica como la Suecia, discreta como el Aústria, tradicional como la Grecia, inmensa como la Rusia, libre como la Suiza, universal como la América del Norte, y moral y magnánima y benéfica como ella sola.

SEÑORAS Y SEÑORES :

Si antes de entrar al fondo del asunto que me he propuesto desenvolver, he dejado tan amplia constancia de la patriótica velada íntima originaria de este acto, — ha sido no solamente porque así lo requiere el tema mismo de mi discurso, sinó, tambien, porque reputo de mi deber, como hombre de corazon y como hombre de letras,

honrar de alguna manera y publicar de algun modo, la cultura intelectual de una sociedad que, á cuarenta leguas de la metrópoli y desprovista, todavía, de comunicacion directa con aquel centro, así alimenta sus tertulias y de tales componentes se constituye. Si he librado á la popularidad de algunos caballeros amigos la propaganda preliminar, merced á la cual tengo el honor de dirigirme á tan numeroso público, — ha sido para rodear de prestigio un nombre que en sí mismo no lo tiene. Si he puesto la velada esta al servicio de los humanitarios propósitos de las nobles damas de la comision del hospital, — ha sido para dar á lo que seguramente carecerá de elocuencia, la elocuencia arrebatadora de las buenas obras. Si he solicitado con interés y recibido con júbilo, la colaboracion artística y literaria de la gentilísima señora, de las bellísimas señoritas y de los talentosos caballeros, que acaban de llenar de armonías los espacios de esta sala y de conceptos brillantes el cielo de nuestras conciencias, — ha sido para recubrir de flores lo que no será más que frondoso, y de frutos ópimos lo que será estéril: para poner resonancia en el silencio y luz en la sombra. Y para concluir, si me voy á dirigir á vosotras, á la mujer; si he puesto mi defectuoso trabajo al eficaz amparo de vuestros corazones, — ha sido

por dos razones fundamentales y evidentes: porque así me lo impone la naturaleza del tema y porque sé con seguridad profunda, como sé que existo y como sé que pienso, que nada sucumbe ni nada se esteriliza si lo ampara, lo comprende y lo vivifica la magnanimidad, la supervidencia y la amatividad de la mujer: ni una flor con ser pequeña y efímera, ni un ideal con ser ilimitado y abstracto, ni toda una nacionalidad, ni toda una raza, ni toda una evolución humana, con ser tan grandiosas y sin embargo de las fuerzas que las combatan, de los disolventes que las carcoman, de los obstáculos que las retengan, de las circunstancias que las compliquen, de la negra fatalidad que las persiga!

SEÑORAS:

Ningun sér que no esté constituido de tan monstruosa manera que se haya salido totalmente de las proporciones comunes, dejará de tener en sí mismo la misma sustancialidad y atributos fundamentales de la especie á que lo destinó la fatalidad genesiaca.

Así, pues, más ó menos rudimentarios, atrofiados y negativos, ó por el contrario, más ó menos desarrollados, eficientes y positivos, cada uno de los caracteres subjetivos y externos.

psíquicos y musculares— diré así— de la humanidad, están y latén simultáneamente en cada uno de los individuos de la misma, como el calor en toda la naturaleza, la gravitacion en todos los cuerpos, la expansibilidad en todos los gases, el sentimiento de adoracion en todos los corazones y la idea de Dios, positiva ó negativa, en todos los cerebros.

La evolucion universal, la de la especie, el átavismo, la herencia, las circunstancias del clima, de la alimentacion, del medio social, de la dramática de la vida, en fin, concurren indudablemente, — antes del nacimiento, en el nacimiento y despues del nacimiento, — á dar colocacion al individuo en la conversion general de la especie, á la vergonzosa contramarcha de los degenerados, á la perpetuacion relativa de los rasgos propios del último progenitor, á la característica de la familia, de la ciudad y de la region, á la variedad, á mil protuberancias ó depresiones del tejido nervioso, de la túnica muscular y del armazon óseo, á la arquitectura particular de facultades en cada hombre, al individualismo, al yo indivisible, irrepetible y único; pero siempre y so pena de monstruosidad, de depravacion ó de locura, dentro de esa homogeneidad y esa armonía admirables que constituyen el secreto de la eternidad, que ma-

nifiestan la esencia de Dios, que descubren el rastro divino á través del cosmo, que revelan el plan estupendo de simplicidad de Aquel que redujo la vida estelar á una serie de círculos excéntricos y concéntricos, entretejidos con la sencillez de la labor primitiva de una vírgen guaraní, que hizo depender los años, las estaciones y los dias, — no obstante la tupidísima red de complicaciones que de tales fenómenos se deriva, — de la sola inmutable inclinacion de la tierra, de su sola incesante traslacion sobre la curva de su órbita, de su sola vertiginosa rotacion sobre sí misma, de ese solo perdurable danzar de los planetas y los satélites alderredor de los soles, en torno de aquellas hogueras inextinguibles desparramadas en los campos del éter, como los jalones flamígeros de quién sabe qué triangulacion universal, como los pendones fulgurantes del ejército de los mundos, como los tripodes altísimos en que habrá de conservarse, para siempre jamás, el fuego de la vida y el equilibrio de los orbes, como lámparas cabalísticas colgadas desde abeterno, á lo largo de los espacios y los tiempos, para alumbrar con ellas los caminos de Dios, para dar con ellas su coloracion á los cielos, su nitidez á los jazmines, su arrebol á las mejillas y su fulgor á las lágrimas!

Dedúcese de esto, señoras, que el sér humano

al penetrar en la vida de relacion, supone un conjunto de órganos, facultades, sentimientos é instintos latentes que se desarrollarán despues, por su propia virtud y en virtud del aire ambiente físico y social que los fomenta, ó que permanecerán rudimentarios, se atrofiarán ó se depravarán, en virtud, asimismo, de su propia esencia y de la atmósfera, tambien física y social, que los deprima ó relaje. Que si se pierde absolutamente, —ó antes de nacer, ó al nacer, ó despues de nacer, —cualquiera de los atributos peculiares de la especie, se ha salido de ella, se ha emigrado á la sombra, se ha roto la formacion, se ha dejado de ser hombre y se ha pasado á la tristísima condicion de los incompletos de alma ó de cuerpo, que no tienen mas que las apariencias humanas, que no son mas que fantasmas. Que presentando la tierra dilatadísimas zonas, cuya topografía, cuya produccion y cuyo clima revisten circunstancias relativamente uniformes, las generaciones allí nacidas y allí desarrolladas por espacio de siglos, han asumido un tipo propio, tendencias y repulsiones solo suyas y originadas por la suerte de vida á que les obligó su medio de accion, sin embargo de la simetría humana, así como la misma flor nacida en opuestas regiones ó pierde perfume ó lo desarrolla, ó empalidece ó se tiñe de púr-

pura, ó se reduce ó se dilata. Que la unidad de las leyes, de la religion y del idioma producida por la comunidad de peligros é intereses, la tendencia de la humanidad á la congregacion autonómica, los accidentes particulares del terreno y otros motivos de solidaridad y condensamiento, ha subdividido aquellas grandes masas humanas en sociedades características por sí mismas, sin salirse, entre tanto, de las peculiaridades de la raza y las generalidades de la especie, como varía la temperatura sobre la misma zona, como se ramifica una cordillera dentro de su mismo gran sistema, como van los riachuelos hácia los ríos y los ríos hácia la mar. Que de la misma manera, las exigencias inmediatas del sér, la satisfaccion ineludible, pero humana, de los dos grandes instintos indispensables á la fauna toda, la tendencia del sér humano á embellecer, ennoblecer y desmaterializar sus funciones, el sentimiento de la paternidad, la propension al nido, al hogar, y la sublime celosa pasion del amor, originan la familia, la desprenden de la gran masa, la modelan segun la raza, la retocan segun la nacionalidad y la pulen segun la dramática de las circunstancias, lo mismo que en el cielo están las constelaciones, en el océano las olas, en el bosque los árboles, en la flor los pétalos y en el rayo de luz los

hilos multicolores que lo informan. Y finalmente, señoras, que á despecho de la herencia, del cuádruple tiránico molde de la especie, la raza, la nacionalidad y la familia, leyes tambien imperiosísimas, causas tambien fatalísimas, circunstancias tambien exclusivísimas, combinadas desde la eternidad por quién sabe qué criterio y qué voluntad incomprensible é irresistible, inexcrutable é incontrastable, laboran el yo, el individuo, la unidad autónoma, original, concreta, elemental, que compendia en sí misma el universo, que resume en sí misma la humanidad, que epiloga en sí misma la raza, que recapitula en sí misma la nacionalidad, que sintetiza en sí misma la familia, que encierra en sí misma todas las actividades intelectuales, que abarca en si misma la dinámica de todas las pasiones, que contiene en sí misma el fermento de todos los caracteres, que converge en sí misma la inicial de todos los rumbos humanos y que, sin embargo de todo esto, ni como sér, ni como hombre, ni como origen, ni como ciudadano, ni como fruto del hogar, ni como sabio, ni como artista, ni como héroe, ni como santo, ni como criminal, ni como uno de tantos, siente y entiende y verifica su mision dentro de la naturaleza, la humanidad, la patria y la familia, nada más que como ella sola; siente y entiende y

verifica la ciencia, el arte, la heroicidad, la santidad y el crimen, nada más que á su manera; siente y entiende y verifica lo que es espiritual y lo que es palpable, lo que es verbo y lo que es sustancia, lo que penetra por sus sentidos y lo que se realiza en su mente, lo que es amor y lo que es odio, lo que es dolor y lo que es placer, nada más que segun su punto de vista, nada más que como ella lo siente, lo entiende y lo puede; porque esa unidad original, concreta, elemental, autónoma, que he tratado de bosquejaros, sin conseguirlo tal vez, á pesar de su contingencia, á pesar de su debilidad, á pesar de su dependencia, á pesar de su fragilidad, á pesar de su nada, es indivisible, irrepetible é irremplazable como el Universo y como Dios!

Pero se deduce algo más; se deduce, tambien, señoras, que ese nobilísimo sér que viene conduciendo en sus entrañas y en su mente, la primer molécula de la materia y el primer impulso de la creacion; que ese viajero infatigable que, no obstante su esclavitud irredimible, se ha puesto á la vanguardia de los tres reinos de la naturaleza, más bello, más sensible, más inteligente y más poderoso que la más pujante de las potencias cósmicas que lo produjeron, que el más intelectual de los séres que se le rebelan ó se le humillan, que el más sensitivo de los organismos

que le rodean, que la más hermosa de las flores que lo deleitan y la más rutilante de las estrellas que lo alumbran; que ese Agnus Dei, tan augusto como el de vuestro libro de oraciones, que va llevando sobre sus espaldas la pesadumbre secular de su raza, recibiendo en sus miembros endebles las flagelaciones del clima, el rastro profundo de los elementos y la honda cicatriz de las turbulencias de la vida, y sosteniendo en su frente la sangrienta corona del dolor; que esa urna tan sacratísima como el arca de Jehová, que atesora en su interior el secreto divino, los dos grandes instintos arquétipos de la vida universal, las facultades inmanentes de la especie, los blasones de la estirpe, los ideales de la patria, la sagrada herencia paternal y la partícula suya, propia, que le ha de servir de arma y de divisa en el combate de la existencia; que ese primer beso de amor resonando en el infinito, que ese primer rayo de luz proyectándose en el tiempo, que esa primera palpitation de intelectualidad vibrando en los siglos, que ese primer gérmen de vitalidad excelsa que hundiéndose en la eternidad y fecundándose en vuestro seno, ha despertado meditabundo y triste en vuestro regazo; que ese fruto inefable de vuestro amor, que ese hijo querido de vuestras entrañas ;oh madres todas de la tierra! no ha surgido del

fondo de la naturaleza, no se ha producido dentro de la humanidad, no ha traído consigo los atributos de sus antepasados, no conduce en su corazón el sentimiento de la patria, no lleva en su frente el escudo de la familia, no trae sobre todo esto la señal distintiva de su personalidad, no se ha desprendido, en fin, de la voluntad del Eterno y ha caído en vuestro corazón, por un solo tejido de casualidades incoherentes é insólitas, sinó porque así estaba escrito, sinó porque así debió ser, sinó porque así plugo á los designios de la Providencia, para que haya una mirada tiernísima que lo ampare bajo el manto esplendoroso de su luz, un corazón amantísimo que lo comprenda, lo envalentone y palpíte á compás de sus pasos en el mundo, una mano delicadísima é inspirada que lo retoque y lo pula como á la estatua de un héroe, un labio amantísimo que vaya despertando, estimulando y armonizando á son de besos, las facultades de su espíritu y los sentimientos de su corazón, un instinto finísimo que lo encamine por los rumbos de la humanidad, de la raza, de la nacionalidad y de la familia hacia la satisfacción plena de su propio personal destino; para que haya, por último, una voz vibrante de amor y resonante de sabiduría que repita sobre el disco sensible de su alma: ama á tu Dios y profésale: ama

la creacion y escudriñale: ama á tus semejantes, protégelos y perdónalos: ama á los de tu raza y perpetúa en tí sus perfecciones: ama á tu patria y hónrala con tu trabajo, con tu civismo y con tu sangre: ama á tus padres, tus hijos y tus hermanos como á la carne de tu carne y al hueso de tu hueso: ámate á tí mismo sin ceguera, para que midas la dinámica de tu sér, aciertes con tu vocacion, descubras tu sitio en la tierra de labor del progreso, y apliques tu azadonazo allí donde tus fuerzas no se malgasten, tu sudor no se derrame sin utilidad, tu simiente no se calcine sobre la piedra viva y tu trigal no se convierta en un monton deleznable de hojas secas!

SEÑORAS:

Si el hombre al nacer, como ya creo haber tenido el honor de decirlo, es un haz de facultades, tendencias y órganos latentes ó en formacion; si aceptamos que la naturaleza se manifiesta y se mueve segun leyes sabias y con rumbo desconocido, pero determinado; si convenimos en que sus monstruosidades constituyen el castigo á la infraccion de tales leyes y al desconocimiento tenaz de semejantes rumbos,—educar no puede ser otra cosa que retocar la personali-

dad del niño, sin desnaturalizarla en lo fundamental ni contrariarla en sus grandes tendencias, siempre que éstas no constituyan una aberración contra natura; educar no puede ser otra cosa que recorrer la obra, satinar lo deslucido, sospechar el rumbo de un alma y ayudarla á volar; educar no puede ser otra cosa que estimular el desarrollo de lo que nació anémico, lo mismo en el cuerpo que en el espíritu, despojar, en lo posible, de su monstruosidad lo que nació monstruoso, lo mismo en el músculo que en el cerebro, fomentar con sabiduría y sin graves enmiendas lo que nació vigoroso y descollante, lo mismo sobre la mente que sobre los instintos; y para decirlo de una sola rotunda vez: educar no puede ser otra cosa que aplicar el cincel de la naturaleza á la naturaleza misma.

Y si el hombre,—según lo he afirmado en el transcurso de mi ya fatigosa arenga,—está dentro de sí mismo, dentro de la familia, dentro de la nacionalidad, dentro de la raza, dentro de la especie y dentro de la naturaleza; es decir: dentro de su autonomía, dentro del hogar, dentro de la patria, dentro de la historia, dentro de la humanidad y dentro del todo,—la educación, entonces, debe tener por objeto el espléndido desenvolvimiento del yo, en el centro mismo de esta serie de curvas reentrantes, luminosas y con-

céntricas: amor conyugal, amor paternal, amor filial, amor fraternal, amistad: amor á la patria, esto es: á su territorio, para conservarlo, para trabajarlo y para agrandarlo; á sus libertades y sus instituciones, para mantenerlas, para purificarlas y para distribuirlas; á su bandera, á su historia y á sus héroes, para respetarla, para continuarla y para imitarlos; á su concepto nacional de la civilizacion y del progreso, para sentirlo, para verificarlo y para imponerlo; y á sus patricios, sus benefactores y sus sabios, para honrarlos y para seguirlos: amor á la raza, esto es: á sus grandes tradiciones, á sus grandes hechos, á sus grandes tendencias, á sus grandes virtudes y á sus grandes ideas madres religiosas, sociales y políticas: amor á la humanidad, esto es: al hombre nada más que por ser hombre: y amor al universo y amor á Dios, esto es: á la verdad, á la justicia, á la belleza, al bien, á la luz, nada más que por ser verdad, nada más que por ser justicia, nada más que por ser belleza, nada más que por ser bien, nada más que por ser luz; porque en definitiva, señoras, todos estos grandes amores de que acabo de hablaros, todas estas cosas que he tratado de definir, todos estos sentimientos que debeis fomentar sobre la fisonomia de vuestros hijos, no son, en sí mismo, ni buenos ni malos, no admiten ni adiccion ni sustraccion, ni

panegírico ni controversia; no se visten como se viste un manto, ni se arrojan de sí como se arroja una flor seca: yacen, laten, establecen la persona humana, como el corazon ó el cerebro ó los ojos ó las manos; están donde están, porque no plugo á la Providencia genesiaca poner otros allí donde están ellos; perder uno ó perderlos todos, no es como perder un anillo ó despojarse de una túnica: es como cortarse un brazo, como arrancarse el corazon, como mutilarse ó como suicidarse, como dejar de ser hombre para ser menos que bestia: no se aprenden, se sienten; no se enseñan, se estimulan; no se crean, se cultivan; no se inventan, se descubren; no se discuten, se estudian; no se critican ni se admiran, se es en ellos; son porque sí, que es la gran razon de la naturaleza; su existencia es evidente, su verificacion es irremediable, su objeto no puede ser otro que el progreso; constituyen porcion de la maquinaria universal y tienen la fatalidad de las leyes más imperiosas; palpitan en nosotros porque Dios lo ha querido, como ha querido que haya flores, que haya mariposas, que haya leones y tigres, que haya ríos y mares, que haya vientos y nubes, que haya planetas y soles, que las palomas se besen, que las semillas germinen y que la masa atmosférica nos mantenga erguidos sobre el polvo miserable de la tierra!

Y si es la mujer, y si es la madre la primera que siente y la primera que saluda el nacimiento de su hijo; si es en las entrañas de la mujer y no en el seno ignescente de la estrella ni en el cáliz perfumado de la flor, donde se fecunda y comienza á vivir la criatura humana; si es en el regazo maternal desde donde lanza á los aires de relacion, su primer atónita mirada y su primer tristísimo grito de dolor; si es en los senos fecundos de la madre, donde busca instintivamente, como una planta subterránea la luz y el calor, y halla seguramente, como el pájaro del cielo la semilla de los campos, la primer sabrosísima partícula de su alimento; si los ojos absortos de la madre son los primeros ojos que le bañan de luz y le riegan de lágrimas; si son los besos inefables de la madre — esos besos que no se olvidan jamás ni se reemplazan jamás — la música primera que percibe y la caricia primera que le deleita; si es al instinto de la madre, á su voluntad, á su discrecion, á su virtud, á su sabiduria, á su inspiracion, á su patriotismo, á su humanidad, á su sola y única persona á quien ha sido entregado el recién nacido, á quien han sido encomendados aquel cerebro naciente, aquellos miembros endebles, aquellos instintos dormidos, á quien han sido librados aquel bronce bullente que aguarda el molde, aquel oro malea-

ble y dúctil que aguarda el martillazo, aquel barro divino que aguarda la presión genial del artista; si todo esto es así, si todo esto es cierto, si todo esto no es una ilusión de mis sentidos, si todo esto no es un lirismo estólido; si es verdad que el amor maternal supera en intensidad á todos los amores de la tierra; si es verdad que es nuestra madre, nuestra santa madre, nuestra augusta madre, nuestra bondadosísima madre y no otro maestro ninguno, quien nos enseña á balbucear la primer palabra, á ensayar el primer paso, á rezar la primer oración, á dar la primer limosna, á distinguir entre todas la bandera de la patria, á saludar el sol, besar las flores y seguir en los aires el vuelo pintoresco de las nubes y de las aves; y si todos estos hechos se han venido sucediendo á través de los tiempos, los climas, las razas, las costumbres y las religiones; si la naturaleza no es una máquina descompuesta, una cosa insensata, una fuerza loca; si Dios es sabio, si Dios es lógico, si Dios no reniega de los principios, si Dios no se burla de sus propias leyes, si Dios no tiene en su mente menos luz que yo en mi propio fatigado cerebro,— digo y afirmo, señoras, que vuestra misión, que vuestra gran misión, que la única misión de la madre es educar!

Muy grandiosa, muy providencial, muy divina

es la mision maternal, señoras, para que no haya entrado yo á discurrir sobre de ella con el mismo temblor de quien pone sus manos sobre lo que es bello, indescifrable y santo, para que no sospeche yo con sospecha invencible, para que no tema yo con temor insuperable, haber tan somera y pálidamente analizado y demostrado la árdua tésis elegida, que apénas, si, haya producido al dererdor de vosotras, ligerísima vislumbre, fugitivo panorama de visiones informes, descolorido reguero de flores marchitas. Pero asimismo, señoras, muy elocuente y muy sincera es mi emocion, para que no adivineis con vuestra clarovidencia femenil, á través de la profusa pomposidad de mi frase, la noble intencion que me anima, para que no hayais recubierto con vuestra grande misericordia los anchos yacios de mi ilustracion, para que no acompañeis todavía, con vuestra benevolencia ingénita y con vuestro corazon de madre y de mujer, las últimas ya torpes evoluciones de mi pensamiento, los postreros incoherentes apóstrofes de mi patriotismo.

SEÑORAS:

Si hay alguna civilizacion que haya surgido á la vida activa del mundo, en un momento his-

tórico realmente extraordinario, es precisamente la civilizacion de esta seccion de la América, es precisamente la civilizacion sud-americana. Y si hay algun pueblo dentro del continente este, que represente por sí solo todas las perfecciones y anomalías de la civilizacion esa, es necesariamente el pueblo argentino, es necesariamente el pueblo de Mayo.

Es verdad que el caudillaje disolvente y bárbaro, como una tentativa atávica del feudalismo medioeval, atribuló sus horas en el ciclo mismo de su independendia; es verdad, tambien, que flajeló las carnes de su niñez soberana el látigo sangriento de una tirania estúpida, sacrílega, agresiva, impúdica y brutal, que clausuró las escuelas, profanó los altares, rasgó las leyes, desconoció la humanidad, ocasionó intervenciones audaces, esgrimió el puñal de sus venganzas más allá de los límites de su imperio, y azotó á la mujer, á la noble mujer criolla, á la patricia argentina, en el santo templo de Dios; es verdad igualmente, que en el momento mismo de vestir la roja túnica de su nuñilidad precoz, ha sido rápidamente envuelto por la corriente de inmigracion más caudalosa, más abigarrada y más universal que hayan visto las edades, que hayan recibido en su seno los cuerpos políticos y que hayan soportado sobre su carne y sobre su alma

las muchedumbres organizadas del mundo. Pero es evidente, asimismo, que aquel caudillaje no fué y no es más que una despreciable reaccion del pasado, un atavismo histórico sin grandes proyecciones en el tiempo y en los hechos que vinieron y que vendrán; pero es evidente también, que la tiranía aquella importó otro atavismo semejante que desapareció totalmente, para dar lugar al desarrollo del organismo y al juego de sus funciones y fenómenos característicos; pero es evidente, por último, señoras, que este pueblo argentino, que esta raza argentina, constituyen un pueblo sagrado y una raza elegida, como el pueblo de Jehová, como la posteridad de Abraham; un hecho providencial, un caso histórico taumatúrgico: el espectáculo único de una sociedad política, homogénea en su origen etnológico, que no bien asentada dentro de sus leyes y recientemente entregada á la realizacion de sus fines, recibe en sus entrañas impúberes todavía, los gérmenes prolíficos de otras castas, con su corte indispensable de males y de bienes, de prepotencias y de impotencias, de virtudes y de vicios, de sórdidos intereses y de nobles ambiciones, que producen de nuevo el cáos, que despiertan de nuevo la expectativa, que complican de nuevo la trabazon dramática, que recomienzan de nuevo el génesis; pero que su-

ponen, tambien, con suposicion fortísima, la gestacion de algo maravilloso, la esperanza de algo magnifico, la sospecha vehementísima de que algo inteligente, pudiente y sapiente medita en el misterio y labora en lo recóndito el canto postrero de la epopeya humana, el molde definitivo del cerebro del hombre, la escena final de la tragedia del progreso, el cetro postrimero de la democracia soberana, el último compás magistral de la sinfonia del universo inteligente y sensitivo; canto y cerebro y escena y cetro y sinfonia que han de producirse, segun aquellos altos designios y aquellos admirables proyectos, sobre la base eminentísima de nuestra independencia política, á la sombra, que no es sombra sinó luz eterna, de nuestra bandera jamás abatida, dentro de la atmósfera vivificante y resplandeciente de nuestras instituciones, y en el ancho escenario que limitan y decoran el Atlántico, el Plata y el Uruguay por donde el sol nace: los Andes altísimos por donde el sol se recuesta en el ocaso: y el Pilcomayo y la Tierra del Fuego por donde sopla el Setentrion y por donde vuela el Austro, por donde resplandece el trópico y por donde tiritita el polo.

Las viejas sociedades de la Europa nacieron antes que la civilizacion, y fueron vistiendo paulatinamente cada una de las piezas de su arma-

dura de hoy, como un guerrero á quien la experiencia alecciona y que en el duro guerrear templa sus armas; las viejas sociedades de la Europa, han ido amalgamándose y laborándose en el transcurso de los siglos, en orden progresivo y simultáneamente con sus prácticas políticas, sus progresos morales y materiales, su religion y su lengua, su ciencia y su literatura, como una planta que primero es pólen, que despues es simiente, que despues es brote, que despues es flor y que despues es fruto; las viejas sociedades de la Europa soportaron la impetuosa irrupcion de muchedumbres conquistadoras, que talaron campos, incendiaron ciudades, mutilaron ídolos, impusieron su ley y dividieron la sociedad en dos castas: la nobleza extranjera, altiva, sórdida y cruel, y el siervo y el ilota y la gleba ruin hija del terruño, asida á él como un árbol, yacenté en él como una cosa, temblante sobre de él como una perla de sudor, como una partícula de sangre, como una gota de llanto; las viejas sociedades de la Europa hicieron su viacrucis sobre el campo de la historia, entre dolores y tinieblas, entre latigazos y patíbulos, entre abusos y tiranias, entre supersticiones y hogueras, entre cadenas y sangre, entre somatenes y suplicios, desde la noche impenetrable de lo prehistórico, desde la neblina indecisa de lo

tradicional, desde el pretérito lejanísimo de lo que no se sabrá jamás, hasta la palpitation primera de la enciclopedia, hasta la aparicion esplendorosa de la filosofia, hasta la cumbre flamígera de los derechos del hombre, hasta el estallido atronador, espléndido, final, augusto, sacratísimo de la revolucion francesa! Pero este pueblo argentino nació cuando la humanidad habia producido ya su gran trabajo, habia lucido ya su primer flor, habia ofrecido ya su primer fruto—la libertad—y echóse aquella túnica sobre sus miembros, y prendióse aquella flor sobre su frente, y saboreó con sus labios aquel fruto de vida, como un príncipe que cae al nacer entre batistas y sedas, como un rey que empuña su cetro y escala su trono; pero este pueblo argentino, sintiéndose poderoso dentro de la virtud de las declaraciones de su constitucion, en el acto mismo de ceñir la corona de su soberania, abrió magnánimo y olímpico sus puertas de oro á los hombres de todo el mundo, sin pedirles más que salud, sin recomendarles más que trabajo, sin exigirles más que honradez, sin imponerles más que respeto á sus leyes, lo mismo que un padre de familia evangélico que abre su hogar á la amistad y entrega su tierra á la labor, á la inteligencia y á la pobreza inmerecida de los otros; pero este pueblo argentino, finalmente, señoras,

al revés de aquellas viejas sociedades cuya historia dolorosísima os he pintado á rasgos enormes, no surgió de la sombra, sinó de la luz; no arrancó sus leyes de su seno mismo, sinó que se las ajustó como una coraza cincelada, como un yelmo de oro, como un penacho de fuego; no recorrió la escala del dolor, sinó que estalló como un beso, nació como una flor, vibró como un grito de alegría, brilló como una sonrisa, resplandeció como una aurora, se redondeó como los senos de una vírgen, se consolidó como una estatua modelada en creta de héroes, al calor y á la luz de aquel sol inextinguible, de aquel sol limpidísimo, de aquel sol bendito de la libertad, que asomó su primer rayo sobre el horizonte del mundo al mismo tiempo que nacia Washington, que nacia Franklin, que nacia Bolivar, que nacia San Martin, que nacia Belgrano á la gratitud eterna y la admiracion imperecedera de la posteridad!

¡Este es, oh madres, el pueblo argentino!

¡Este es el grande, este es el providencial, este es el soberano, éste es el libre!

Para este predilecto de la historia, para esta flor de los tiempos, para este fruto de los siglos, para esta sonrisa de la humanidad, para este heredero de lo que fué, para este artista de lo que será, para este jigante del porvenir son vuestros hijos!

